



Parece que está en el ambiente. Se presiente. Flota en el aire. Apenas alborea el mes de agosto, Villanueva de Córdoba luce sus mejores galas para celebrar, como es debido y manda la tradición, la Feria y Fiestas en honor de su excelso Patrón, San Miguel.

La Feria de Villanueva de Córdoba, hay que recalcarlo, no es otra feria más de las que animan por estas fechas muchos pueblos y ciudades del mapa andaluz, sino que, debido a la muy peculiar y característica idiosincrasia jarota, conserva una especial identidad propia, un carisma particular que la hace única, preservando todos los matices de que fuera revestida en los antañazos del tiempo cuando su principal finalidad era la de reunir a los interesados para formalizar los antiguos y discutidos “tratos” de compra/venta de ganado.

Me encanta pasear por el Real de la Feria de buena mañana, empapándome bien del olor a tierra recién regada y de ese tranquilo sosiego, de esa calma contenida, de esa paz temporal que se percibe después de una noche de ufana algarabía, de enorme estruendo, de jovial algarazara. Se me antoja una excelente manera, la mía propia, de identificarme con lo que me rodea, mi paisaje, mi tierra, mis amigos y vecinos, mis vivencias.

Luego, con la arribada del mediodía, la alegría se desborda y se generaliza. Las bulliciosas casetas, atestadas de gente con ganas de divertirse, hierven de buen humor y de estupenda avenencia. Es la hora del tapeo y nada mejor que reponer energías degustando las exquisitas excelencias culinarias de la variada, apetitosa y sublime gastronomía jarota, acompañadas, obviamente, de esos olorosos, finos y ricos caldos de Andalucía.

